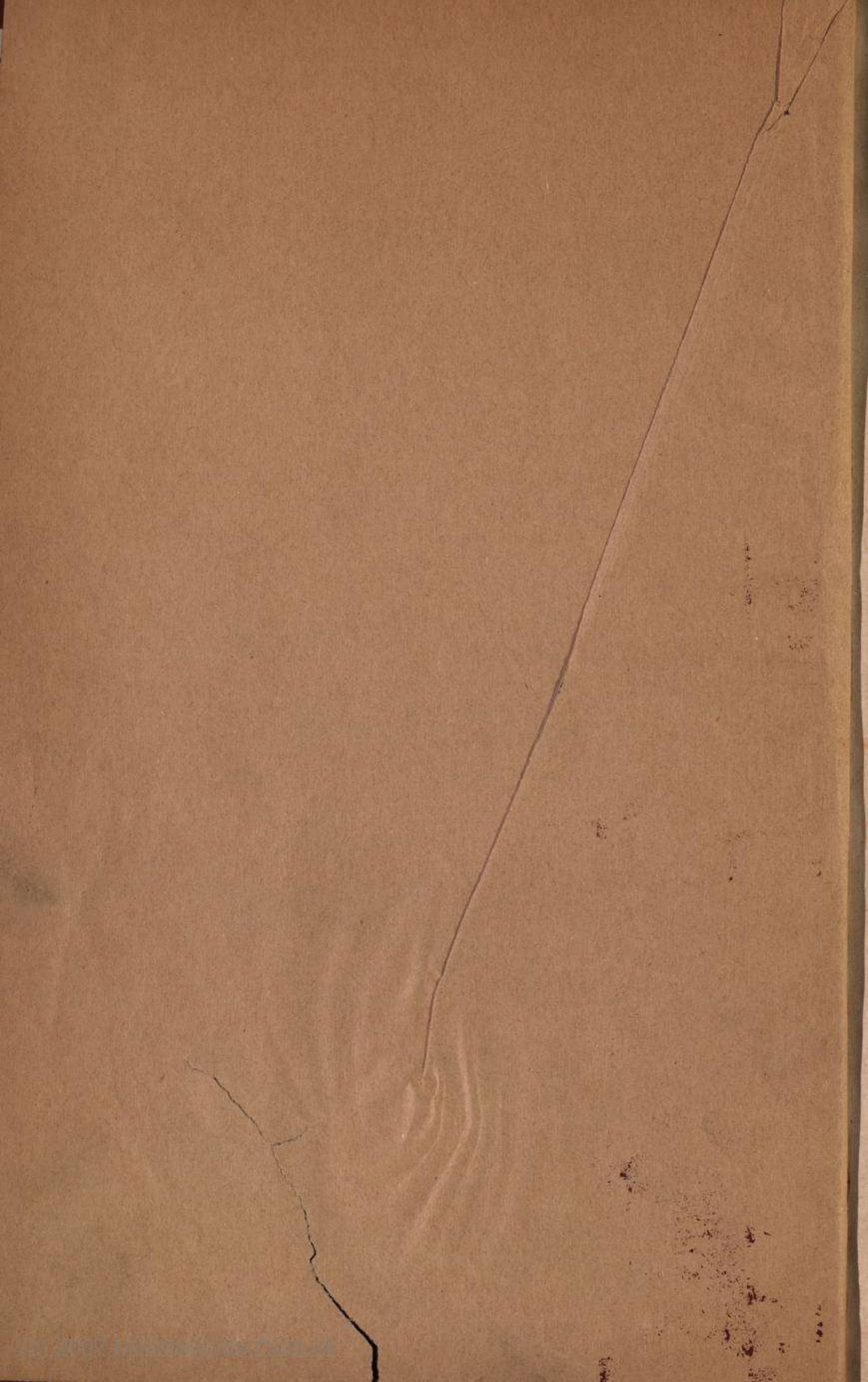




4-46

1167





18
2
5

Inscripción 565
Clasificación 92 Colocación

Sala ~~18~~
Estante ~~2~~
Tabla ~~5~~
Número ~~18~~

83/45091
004-8998

R. 565

BREVE RESEÑA

DE LOS



HECHOS HERÓICOS

DE

D. ANTONIO CHOVER

EN LA BATALLA DE TALAVERA DE LA REINA, EL AÑO 1809.

R. 1023-6

DONATIVO
DE

Biblioteca Militar

9ª Región

1990

MADRID.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.

1877.

III-52-4-46

Á S. M EL REY DON ALFONSO XII.

SEÑOR:

De inestimable valor son para la Nacion y el Ejército las cenizas del Teniente Coronel inválido D. Antonio Chover, héroe de la batalla de Talavera, modelo de virtud militar, abnegacion y patriotismo. Séame permitido removerlas en la Direccion de mi cargo, como solemne tributo á la memoria del mártir cuyo temple de alma fué más grande que sus horrorosos sufrimientos.

Al presentar á V. M. el recuerdo de esta gloria Nacional, tan disputada por la muerte en los campos de batalla, rindo un sentimiento de admiracion al héroe y mártir, y otro de justicia al Cuerpo de Inválidos y al Ejército español, perpetuando en el asilo de la desgracia de sus hijos, el ejemplo de valor digno de que sobreviva como preciada joya de sublime riqueza y caballerismo.

No ya sólo sus numerosas heridas; los nobles sentimientos mezclados de dolor en el corazon de este valiente militar, realzaron su figura en el campo de la gloria, socorriendo en su infortunio la desgracia de sus compañeros.

Es, pues, digno de la alta atencion de V. M. este episodio nacional, que levantando su regio corazon, elevará tambien el de todo Español, para formar en las Armas con su brillante modelo, émulos de tan inmarcesibles laureles.

SEÑOR:

A. L. R. P. DE V. M.

EL TENIENTE GENERAL,

Juan Zapatero y Navas.

I.

Cuatro dias ántes de aquel en que fueron humilladas las águilas francesas en los llanos de Talavera, el Ejército español, mandado por el anciano general Cuesta, pasó el rio Alberche, despues de haber hecho levantar su campo á las huestes francesas, establecido al frente de aquella poblacion.

El sol brillante de Julio, con sus abrasadores rayos, caia á plomo sobre los campos inmediatos al Alberche, y en su margen derecha se desplegaban algunos Cuerpos de caballería de la vanguardia del Ejército español, sosteniendo, con tenacidad, los vivos ataques dirigidos por una parte del ejército francés, que se proponia hacer repasar aquel rio á las tropas de Cuesta, que aquel dia debian de reunirse con el ejército inglés, mandado por Wellesley en Talavera. Várias guerrillas de dragones franceses empeñaron un vivo combate con algunas fuerzas, entre otras, del Regimiento de Húsares de la Granada; los soldados franceses trataron de arrollar aquel Regimiento, y desplegaron, á este fin, toda la impetuosidad y denuedo que suelen dar una

casi constante costumbre de vencer, y el renombre alcanzado en funciones, en su concepto más difíciles: del fuego de las tercerolas pasaron al combate singular. Los hombres se encontraban cuerpo á cuerpo, y es difícil enumerar los hechos de valor que tuvieron lugar en aquel dia memorable, quedando oscurecidos en el olvido nombres de guerreros valientes, ejemplo de constancia y heroismo. Entre los soldados franceses se distinguia, llevando la muerte á todas partes, un dragon á cuyo hercúleo brazo nada resistia, y que eligiendo víctimas caprichosamente entre sus enemigos, cebaba su acero en los valientes españoles que, ántes que volver la grupa de sus caballos, perecian defendiéndose á sus golpes: diez españoles habian rodado por el polvo esgrimiendo sus armas hasta el último momento, en combate singular, sin poder poner obstáculo al orgulloso francés. Vária era la suerte en esta clase de pelea en toda la línea de guerrillas; sólo allí la muerte y el espanto vagaban entre los españoles: el décimo primero enemigo osó medir sus armas con el dragon francés; un húsar de la Granada le acomete; pero, tan desgraciado como los otros, no logra herir á su contrario, y parado su golpe, recibe otro que le parte la cabeza é inhabilita la mano de la brida; el caballo, sin la sujecion que le gobierna y detiene, huye á la querencia del de su pareja, llevando todavía en la silla á su maltratado jinete; en la velocidad de su carrera es contenido por la mano poderosa de un jóven sargento, tambien de Húsares, que equivocadamente piensa que un soldado de su Cuerpo huye del enemigo; reprende á aquel por su cobardía, mas ántes que su desgraciado compañero y subordinado pueda contestarle, se desploma del caballo, indicándole, con la mano mutilada, el francés que le habia herido, pidiéndole venganza para sí y diez camaradas que hasta aquel momento habian perecido á sus rudos golpes. El sargen-



to, que se habia apeado para socorrer al herido, lo deja, aunque sin esperanza de vida, arrimado á un árbol; ajusta las cinchas á su caballo, y, sable en mano, parte al escape á donde el francés ya escogia otra víctima; lo llama, lo provoca, y el dragon vuela como un rayo á castigar la osadía del imberbe enemigo que se atrevia á desafiarlo; los dos caballos se chocan, y una nube de polvo envolvió aquel terrible drama; de cuando en cuando brillaban las hojas del sable y la espada: esta lucha terminó por el último gemido de uno de los combatientes... El polvo volvió á su centro, y el dragon francés yacia en el suelo atravesado de una furiosa estocada; sus ojos, entreabiertos, parecian despedirse con rábida de un dia de matanza, y su mano, crispada, empuñaba aquella terrible espada que habia hecho correr tantos arroyos de sangre. El sargento Chover habia vengado, con la vida de su adversario, la de sus compañeros, honrosamente muertos en el campo de batalla.

Acosados los franceses por todo el Ejército español, pues los esfuerzos de la vanguardia dieron lugar á la llegada del resto de él, se vieron precisados á entrar en Talavera precipitadamente y siendo perseguidos con pérdida de consideracion.



II.

En aquel día se reunieron en los pueblos inmediatos á Talavera los ejércitos inglés y español, debiendo darse la batalla, segun la opinion del general inglés, el día 23 de aquel mes de Julio; mas el general español se opuso á ello, razon por la que no tuvo efecto hasta el 26, en que por una evolucion del general Cuesta se empeñó la batalla, que cubrió de inmarcesibles laureles al ejército aliado, y cuyos resultados hubieran sido decisivos si se hubiera aprovechado tan señalada victoria.

Los Húsares de la Granada ocuparon, con alguna infantería, despues del encuentro del día 22, el pueblo de Cebolla, á una legua escasa de Talavera, en el que permanecieron hasta el indicado 26, en que el general Cuesta, queriendo seguir y atacar al general francés Víctor, que en la noche del 25 se movió sobre Torrijos, retirándose de Wilson que tenia sobre su retaguardia, empeñó el principio de la batalla.

En la madrugada del 26, para asegurarse el general español de los movimientos del enemigo, se verificaron algunas

descubiertas, y para este servicio á la una de la madrugada de aquel dia salieron de Cebolla diez caballos de Húsares de la Granada, mandados por un jóven oficial, en cuyo semblante estaba escrita la intrepidez y el más vivo deseo de llegar á las manos con los, en aquella época, tan aborrecidos franceses; marchaban en silencio dejando oír tan sólo las pisadas de los caballos que se dirigian por un olivar hácia el punto que creían ocupaba el enemigo; próximos á él, el oficial esparció sus jinetes en sitios convenientes para que observase, dándoles sus órdenes, y cuando hubo establecido el último hombre, se dirigió sólo á colocarse casi en el mismo márgen del camino que conduce de Torrijos á Talavera; pocos segundos hacia se hallaba en aquel sitio, cuando vió pasar dos divisiones francesas y despues de éstas varios Regimientos de Dragones y otro Cuerpo de 10 á 12.000 hombres con cuatro Regimientos de Lanceros; á breve espacio, un torbellino de polvo le hizo fijar su atencion, y descubrió al general en jefe francés Víctor, que con su escolta y Estado Mayor marchaba al galope en pós de sus tropas. Fiel el oficial á las instrucciones que llevaba, y queriendo informarse con todo cuidado, permaneció firme en su puesto, á pesar del eminente riesgo que corria de ser descubierto, hasta que nada pudo distinguir con su vista en toda la prolongacion del camino: ya se disponia á retirarse, cuando descubrió un oficial que llevando su caballo á medio galope seguia al Estado Mayor francés que habia pasado y al que indudablemente pertenecia, pues llevaba uniforme de ayudante de campo. A la vista de un francés, el corazon del oficial sintió renacer el deseo de venganza; once camaradas habian sido inmolados por un francés algunos dias ántes, y aunque sacrificado aquel por sus manos para aplacar los manes de sus compañeros, toda la sangre francesa no hubiera podido saciar la pasion que le devoraba:

saca una pistola de la funda, y de un salto se coloca en medio del camino.—Ríndete, francés, ó defiéndete para tener el placer de matarte:—le dice cruzándosele á su paso.

El francés, desenvainando su sable, contestó á la demanda lanzándose contra él; el oficial español dispara á quemarropa, mas la pistola no dá fuego y recibe una terrible cuchillada en la cabeza que le parte la oreja izquierda y el hueso á que ésta se halla unida; á tan rudo golpe cae del caballo, pero su valor no le abandona y el coraje le conserva el sentido; se levanta y desenvaina tambien su sable.—No creas, le dice bramando de cólera, que has concluido: echa pié á tierra, y aunque estoy tan mal herido, con más igualdad terminaremos la contienda.—El francés, no comprendiendo sin duda la poca nobleza de su accion y acalorado, se arroja de nuevo á él y le segunda otra cuchillada partiéndole la paletilla izquierda. El Húsar se precipita hácia su enemigo, escondiendo la acerada punta de su corvo sable en el costado derecho de éste, por el que se corrió hasta asomar por debajo del brazo izquierdo, quedando firmemente asido á su contrario; los dos estaban casi agonizantes; pero el encono les daba fuerzas; el francés pugnaba por desasirse del Húsar vanamente para herirlo de nuevo, inundándolo con los torrentes de sangre que arrojaba por la boca; su adversario le apretaba en sus robustos brazos, hasta que medio ahogado lo derribó inerte de la silla. ¡Horrible espectáculo!..... aquellos dos hombres sangrientos y destrozados, representaban dos naciones á las que todo lo sacrificaban, sosteniendo, sin ofensa particular, un duelo á muerte sangriento y terrible.

Sin embargo, aunque éstos cuadros de la guerra signifiquen un estado de desórden y de injusticia aborrecible, nunca la sociedad podrá avenirse á una paz duradera ni sus cuestiones

podrán arreglarse parlamentariamente, y en este caso las armas habrán de seguir siendo la carrera de la gloria, aquella en que más se pone para el bien de todos, y á la que más debe la Pátria, pues á tan sagrados objetos sacrifica su existencia el soldado.



III.

El tiempo era precioso, y el oficial español quiso aprovecharlo, apoderándose del caballo del francés para retirarse á su campo, pues el suyo habia huido durante el combate; mas el pié de su agonizante enemigo estaba engargantado en el estribo, y se hacia imposible sacarlo de él; los momentos se hacian críticos, su salvacion dependia de una pronta resolucion; cruel fué la adoptada en tan angustiosos momentos, pero indispensable; se apodera del sable de su enemigo cuya mano lo apretaba con la crispacion de la agonía, y con él le amputa por más arriba del tobillo el pié que era obstáculo á su retirada. Se apodera del caballo, pasa la brida y quiere ganar la silla, mas todo fué en vano; la sangre que perdia y de la que estaba cubierto, le habia debilitado; la herida de la paletilla le privaba manejar el brazo izquierdo y apoyarse para montar; la luz desaparecia á sus nublados ojos, y hacia [esfuerzos inauditos para alejarse de aquel paraje, tinto en su sangre y la de su destrozado enemigo: sin embargo, toda su constancia y voluntad

fueron inútiles, y el ruido de algunos caballos que sintió cercanos concluyó de desanimarlo en la única esperanza de salvación que le quedaba. Apoyado en la perilla de la silla de su enemigo, y teniendo á éste ya cadáver á sus piés, esperó sereno y resignado la llegada de los jinetes que habia sentido.

Rodeado un momento despues el oficial español por el brillante Estado Mayor del general Víctor, pues éste en persona era el que llegaba, acompañado tambien de una numerosa escolta de Húsares, fué interrogado para que explicase la sangrienta escena que demostraba aquel sitio. En medio del más profundo silencio, con todo el orgullo nacional y dignidad de un soldado español, el oficial repuso al general que le preguntaba.

«Ese hombre que está ahí tendido, ha sido muerto por mí; peleamos como caballeros, y á pesar de la ventaja con que lo hizo, pues se encontraba á caballo y yo pié á tierra, la suerte le fué adversa y sucumbió; las heridas de ámbos aseguran mis palabras, que además garantiza el nombre de un soldado español. Muerto mi enemigo en buena ley de honor, espero se me conceda la suerte de prisionero que me corresponde por el derecho de la guerra.»

El general hizo un signo de asentimiento y dió algunas órdenes; un húsar tomó el caballo del oficial muerto, y cuatro se colocaron á la espalda del español; éste estudiaba su sentencia en la fisonomía del general, pero un agudo dolor que sintió en la espalda le hizo volverse, mas no tan pronto que dejase de ver la punta de un sable que salia por su estómago; al dirigirse tambaleando á sus asesinos, recibió otra estocada en el vientre que le penetró hasta el ano, y cayó casi sin vida en tierra, recibiendo todavía 15 heridas terribles. El general y su acompañamiento abandonaron aquel sitio, y los cuatro ver-

dugos desnudaron al oficial español que yacia muerto, en su concepto, dejándolo cubierto de heridas y sangre.

Eran las ocho de la mañana del dia 26 de Julio de 1809; es decir, algunas horas despues de este suceso, el fuego de 100.000 hombres en combate, las descargas de numerosos batallones y el estampido de la artillería, fueron la salva de honor del jóven oficial español tan cruelmente asesinado.



IV.

El general Cuesta tuvo este día que replegarse á espaldas del río Alberche, donde fué socorrido por algunos cuerpos británicos que le mandó Sir Arturo Wellesley. El 27 continuaron avanzando las tropas francesas, y el general español se retiró en buen orden hasta el campo de batalla elegido por Wellesley para los ejércitos aliados: no bien concluidos de formar éstos en su línea de batalla, se empezó de nuevo el combate: 35.000 infantes y 5.000 caballos franceses atacaron á los aliados; los españoles, como siempre, sostuvieron el buen nombre de sus armas, empuñadas por ellos en aquella época en defensa de los caros objetos de la independencia de su Pátria y libertad de su rey prisionero en Francia.

Uno de los Cuerpos que, como todos, lució por su valor en aquel día memorable, fué el de dragones de Lusitania; colocado en la derecha de la línea, resistió frecuentes cargas y á su vez las dió con notable destrozo del enemigo; en una de éstas llegaron á envolverse con los franceses, y del confuso grupo

que con aquellos formaban, salió como disparado un sargento español cubierto de sangre, sin casco, rota la espada y pendiente de su muñeca derecha, con cuya mano se agarraba del arzon, pues de la izquierda le faltaban algunos dedos; el caballo, herido también, escapaba sin dirección y á su libertad, huyendo de las masas que le atemorizaban: en su rápida carrera tomó la dirección del pueblo de Cebolla, pero no bien alejado del campo de batalla, cayó muerto; el sargento se desenredó de los estribos, y sujetándose la cabeza que llevaba hendida de un mortal golpe, emprendió á la ventura el primer camino que se le ofreció, que fué el de Torrijos; pocos pasos anduvo en él, cuando observó que un hombre tendido en su orilla y cubierto de sangre le hacia señas para que se acercase; se dirige á él, y reconoce al alferez de Húsares Chover... abrigado sólo por la camisa, y ésta, empapada en agua, pues habia llovido con abundancia, se señalaban en todas partes hasta veintiuna heridas que tenia; su cabeza, partida por dos anchas cuchilladas que le dividian parte del cráneo, la hacian monstruosa; otra no ménos profunda en la oreja izquierda, le cortaba ésta y el hueso de la cabeza inmediato á ella; entre sangre coagulada y negra, se medio descubria una profunda abertura que le interesaba el homoplato del mismo lado, teniendo atravesado el antebrazo derecho; la espalda, que apoyaba en el húmedo suelo sobre un lago de sangre, tenia seis estocadas mortales, sin contar entre ellas una que le atravesaba hasta el estómago, y la que á la inversa tenia en este sitio y terminaba en el ano; su barba estaba partida y el muslo derecho atravesado, y por último, un balazo destrozó el tobillo de la misma pierna... ¡Increíble parece que un hombre tan despedazado pudiese existir! pero este fenómeno se verificó, y el desgraciado oficial no sólo tenia vida para soportar su infortunio, sino para disputar palmo

á palmo la muerte, casi segura, que con su seco dedo le indicaba los numerosos sitios por donde podia conquistar su sangriento cuerpo.

El sargento de Lusitania, acosado de la sed devoradora que padecen los heridos, secas sus fáuces y desencajado el semblante, sólo pudo preguntar al oficial dónde habia agua, pues se ardia su garganta; éste le invitó á que le prestase ayuda para levantarse, asegurándole que si lo conseguia, ámbos irian á buscar la tan deseada agua y remedio que encontrarian en un pueblo que debia de haber cercano. Débil era el apoyo que el sargento de Dragones podia dar al oficial; pero éste, unido á una fuerza de voluntad sin ejemplo, fué el suficiente para conseguir que ámbos, apoyados entre sí, se encaminasen al pueblo de Cebolla, situado á un cuarto de legua de aquel funesto sitio.



V.

Las calles de Cebolla se hallaban concurridas de soldados de todas armas del ejército francés: las negruzcas y humosas casas de tan reducido pueblo estaban abandonadas de sus moradores y convertidas en alojamientos de 6.000 franceses, llenos de espíritu de destrucción que domina en los conquistadores; las puertas se hallaban forzadas, los techos hundidos, y los pobres muebles y ropas de sus habitantes, esparcidos y rotos sin ser de provecho para nadie: el cuadro desolador de tanta desventura repugna á la humanidad, y se resiste la pluma á describirlo.

Dos hombres cubiertos de sangre y heridas, casi arrastrando su mísera existencia, cruzaban parte del pueblo sirviendo de befa y escarnio á los grupos de la soldadesca francesa, que se agolpaba para verlos y reirse inhumanamente de tan patético y lastimoso espectáculo; los sarcasmos groseros, las burlas y el más odioso encono eran los consuelos que experimentaban aquellos dos valientes; en las puertas, en las ventanas y en

las calles, estos dos hombres de armas no hallaron una mano noble que les ayudase, ni un semblante generoso que les hiciese entrever el más ligero indicio de compasion; y sin embargo, todos eran soldados, todos pertenecian á aquella honrosa clase que ostenta la generosidad inseparable á la profesion militar en todas las naciones y bajo todos los uniformes. Con las carnes destrozadas y presas de acerbos dolores, los dos heridos pudieron refugiarse en una ruinoso casa completamente abandonada que hallaron á un extremo del pueblo; en ella, por una rara casualidad y efecto acaso del mismo desórden que reinaba en todo él, encontraron un mal colchon y una vasija con agua; con ella saciaron su primera necesidad, y lleno de noble generosidad el oficial, cedió al sargento el colchon, rogándole se echase en él, pues tenia por seguro que de hacerlo los dos, ninguno volveria á levantarse; acostado el sargento, todavía era preciso buscar medio para abrigarse y algun recurso de curacion para sus numerosas heridas: con este objeto volvió á salir el oficial, no pudiendo hacer otra cosa que llegar á una casilla que habia enfrente, tambien abandonada; en ella le faltaron las fuerzas, sú vista se oscureció y un letargo le sumió en la postracion más completa; la muerte en aquel momento hubiera sido para él un feliz remedio á sus inauditos padecimientos.

VI.

Al amanecer del día 28 reinaba la mayor agitación en el pueblo de Cebolla; las cajas tocaban llamada, y los batallones franceses se reunían con precipitación: aquel día debía decidirse la jornada empezada con tanto empeño en los dos anteriores; la fuerza francesa, que pasó la noche en aquel cantón, lo evacuó y fué á tomar parte en una de las divisiones que renovaron el ataque tratando de formar la altura que ocupaba el general Hill; pero apenas empezaron á subirla, fueron repelidas á la bayoneta con horrible mortandad; á las once de la mañana, cesó el combate, hasta las dos y media, que el ejército francés hizo el último esfuerzo. En medio de un mortífero fuego de artillería, la infantería francesa, formada en masa, verificó un ataque general; su caballería se preparaba á maniobrar á retaguardia para completar la victoria, que creía conseguida con la irresistible carga dirigida á este fin; pero la suerte lo había dispuesto de otro modo: el general inglés Amson, al frente de dos regimientos de caballería, carga á la masa francesa que

marchaba á su direccion á lo largo de la llanura, arrolla un Regimiento de Cazadores, y aunque su arrojo le lleva demasiado léjos, viéndose expuesto con sus jinetes á ser destruido, tan brava carga contiene á los franceses que hacen alto en su impetuosa marcha; repuestos, tratan de arrollar una division española á las órdenes de Bausecourt; pero á pesar de su impetuosidad, son recibidos con denuedo, rechazados y perseguidos á la bayoneta por la brigada española del general Alejandro Campbell. No fueron más felices en el ataque dirigido al centro de los ingleses; allí se presentaron en masa y desplegaron sus batallones ántes de subir á la posicion con una precision y arrojo dignas de soldados tan famosos; pero el teniente general Sherbrooke, que mandaba aquel punto, dispuesto á recibir el ataque, desordena al enemigo con nutridas descargas; aprovechando la confusion y espanto que habia sembrado con ellas en las filas francesas, una carga á la bayoneta verificada por toda su division, esparció la muerte en las filas enemigas; rotos y deshechos en todas partes, sólo su reserva conservaba algun órden; pero en breve fué cargada por la division de la guardia inglesa, que aunque por haberse adelantado demasiado de la línea de batalla se vió en algun conflicto, fué socorrida á tiempo por un Batallon británico y la caballería de esta nacion á las órdenes del general Cotton, tomando su puesto en la línea. Impotentes los franceses y despues de los más violentos esfuerzos, á las siete de la noche abandonaron el campo de batalla, dejando en él más de 10.000 hombres, 20 piezas de cañon y considerables despojos de armas y municiones.

VII.

Desierto quedó el pueblo de Cebolla, y un silencio sepulcral dominaba en él; el estampido del cañon y las descargas de fusilería eran el único ruido que á lo léjos se oia; poco á poco fué debilitándose éste, y alguno que otro paisano vagaba con cautela por las calles, se acercaba á las puertas y procuraba escuchar si quedaban en él algunos franceses todavía; estos desgraciados eran los atemorizados habitantes, que iban volviendo para contemplar tristemente los extragos causados en sus pobres fortunas por el ejército enemigo.

Sosteniéndose en las paredes y casi arrastrando, el desgraciado Chover se dirigia á la casa en que habia dejado á su compañero de infortunio; todavía conservaba la vida, y ni la sangre perdida, ni el número y entidad fabulosa de sus heridas habian vencido aquella naturaleza de hierro; todavía era preciso que sufriese más en su cuerpo y en su espíritu; desde el umbral de la puerta se ofreció á su vista su malhadado compañero, tendido y exánime en el sitio que le dejó; se acerca á él, y que-

da horrorizado; la sangrienta y postular cabeza del sargento presentaba una ancha abertura, por la que se veían los sesos cuajados de gusanos; á tan tremendo aviso le flaquean las piernas, y está próximo á caer; mas su espíritu le contiene aún, y le da brío para alejarse cuanto ántes de aquel lugar; logra llegar á la casa en que habia pasado su primer letargo; pero una horrorosa idea se apodera de él; alza su camisa y mira espantado las heridas de su vientre; en todas creía ver los roedores gusanos; las examina con cuidado y su sangre quedó helada de espanto; en una de las aberturas del vientre, asomaba un pedazo informe: ¿será un intestino?... En él se mueven varios insectos, y un olor acre é insufrible se exhala de ella; este descubrimiento no apoca, sin embargo, su brío, y con envidiable calma acude al remedio de su mal. La muerte, dice, no me encontrará abatido; yo disputaré mi cuerpo á la tierra lo que me sea posible, y cortaré este pedazo de género desconocido que ha causado mi aprension. Con ávidos ojos buscaba por los ángulos del mísero cuarto que ocupaba, un instrumento ó piedra con que practicarse tan dolorosa y aventurada operacion... Siente pasos á la puerta; tiende los brazos hácia ella, y con débil voz pide auxilio; un jóven de pocos años se le presenta; pero al contemplar tanta desdicha, ó acaso atemorizado, quiere huir; mas los ruegos del herido le detienen. El alférez Chover suplica al muchacho el preste un cortaplumas ó navaja si tiene, y si no que le haga la caridad de buscarla, pues en ello le deberá acaso la vida; diligente el jóven, sale, y á breve rato vuelve con un cortaplumas; lo toma con mano segura, y con él, sin titubear, corta de un sólo golpe el pedazo de redaño que, del tamaño de una manzana, asomaba por la herida, sin que él pudiese saber lo que se cortaba; la sangre corre de nuevo, y un desfallecimiento angustioso le hace caer sobre el colchon; el

muchacho, que habia contemplado atónito tan dura y pronta operacion, lleno de estupor corre y se desvia de aquel hombre que creia muerto, y de la casa que lo albergaba, que era la de su madre; avisa, sin embargo, á ésta y á otros convecinos, y todos acuden al sitio que el jóven les indicaba; el oficial habia vuelto de su congoja, y estaba sentado en el colchon. Rodeado por aquellas caritativas gentes, cuenta su triste historia, y pide algun alimento, pues hace ya más de cuarenta y ocho horas que no ha tomado nada; de todo se carecia en el pueblo; ni un pedazo de pan pudo, por lo pronto, ofrecerse á su necesidad; los franceses lo habian destruido todo; pero pudo hallarse un poco de chocolate; tomó de éste una pequeña cantidad, con que reanimó sus apuradas fuerzas; trata de curarse, pero esto es imposible; una botica, única que habia en el pueblo, habia sido robada por los enemigos; su posicion es algo difícil, pero con la fuerza de voluntad que en todas circunstancias habia manifestado, pregunta por el pueblo más próximo en que hubiese botica, y liado en una manta que la caridad de la mujer de la casa le facilitó, despues de tomar otro poco de chocolate, abandona á Cebolla, apoyándose en un palo, y emprende el camino de Val de Santo Domingo, distante media legua, y en cuyo punto le dijeron hallaria lo que necesitaba. Más de dos horas empleó en andar tan corta distancia, al cabo de las cuales llegó por fin al pueblo donde creia encontrar caridad y remedio; ¡pero cuánto se engañaba!

Liado en su manta, fatigado y casi mortal, pregunta por el alcalde, pero no le habia y le encaminan á un regidor; este hombre cobarde é inhumano recibe á su compatriota lleno de miedo; y se niega á prestar auxilio á tanta desdicha, bajo el pretesto de que ocupaba el pueblo un destacamento francés, y si sabian favorecian á un español herido, lo quemarian; ni los

ruegos ni la agonía del pobre oficial pudieron alcanzar conmi-
seracion de este hombre ruin, que sólo se prestó con trabajo á
indicar al moribundo Chover una casilla donde albergarse en
el confin del pueblo, haciéndole acompañar á ella. Difícil es
describir tanto infortunio; la casa á que fué llevado el oficial
estaba ocupada por dos mendigos que huyeron de ella en cuan-
to éste entró, dejando, por no detenerse con tan repugnante
compañero, olvidados algunos pedazos de pan seco, dos cazue-
las y un cacharro con agua. Sólo, abandonado á sus dolores y
á su afliccion, el infeliz herido tendió la vista por la vivienda
que se le concedia en un pueblo de su patria y por una autori-
dad española; unas negras y medio derruidas paredes cubiertas
por un mal unido techo con profusion de polvo y telas de ara-
ña y algunas pajas hacinadas, constituian el albergue en que
debía morir, segun todas las probabilidades, en medio de la
desesperacion y olvidados de todos; aquellas cuatro paredes
debían recoger el último aliento del jóven y valiente oficial,
lleno de vida y porvenir algunos dias ántes. ¡Cuánta desespe-
racion debía amontonarse en el corazon de aquel hombre! Allí
debía morir de hambre y sed, si por fortuna sus heridas no le
mataban ántes, tan luego como el pan y el agua de los pobres,
olvidados en aquel sitio, se acabasen. Pero hay una Provi-
dencia que vela por los hombres honrados y de corazon, así
como esculpe con el fuego de su justicia el rostro del malvado
y del cobarde la señal profunda de la infamia para su eterna
vergüenza: esta Providencia veló las horas de Chover y le dió
fuerza y valor; esta Providencia le conservó la vida, y si estos
renglones son leídos por aquel que tan indiferente fué á la hu-
manidad y á la Pátria, morirá de oprobio causando un laudable
escarmiento la publicidad de su delito.

El oficial devoró los pedazos de pan, apagó con el agua el

ardor de la fiebre ocasionada por sus llagas; de una de las mangas de su rota camisa hizo un vendaje en forma de gorro para sujetarse el cráneo y la oreja; la otra la reservó para hilas, y del cuerpo formó un bendaje para el vientre: el resto de sus numerosas y ulceradas heridas quedaron descubiertas; la manta que poseía era todo su abrigo, y algunas pajas su lecho; su alimento en lo sucesivo fué del cuidado de una anciana caritativa y pobre que partía la limosna que recogía por el pueblo con el oficial; sus medicamentos agua, vinagre y sal que le facilitaba la misma pobre mujer; con la que lavaba sus heridas alguna que otra vez; la necesidad le hizo industrioso y se preparaba refrescos estrujando agraz que tomaba de una parra abandonada en el corral de la casa que habitaba y mezclando este zumo con agua. Pero en su infortunio, la miseria le acababa, sus cabellos y barba habían crecido, y la sangre seca y pus le ocasionaban agudos dolores y eran un obstáculo para la limpieza tan ventajosa á este género de padecimientos; algunas esquirolas desprendidas del cráneo y cuyas astilladas puntas tocaba, las extraía con sus largas uñas. ¿Mas á qué continuar la perspectiva de tan repugnante cuadro? Baste sólo expresar que las heridas, la miseria, el hambre, la desnudez y el abandono, constituían la existencia de este hombre de hierro, que sólo contaba para combatir sus males, con su poderosa fuerza de voluntad y un valor y constancia acaso sin ejemplo.

Cuarenta y seis días pasó este mártir en tan negra desventura, sentado en las húmedas pajas que tenía en su oscuro y pestilento cuarto, pues las heridas de la espalda le impedían otra posición, aumentándose así su horrible padecer. Después de mil ruegos y súplicas pudo conseguir que el barbero del pueblo se llegase á la casilla que habitaba, y con las más sentidas razones le pidió aliviase su quebranto, cortándole el pelo y la

barba; pero sus ruegos fueron inútiles; el barbero lleno de horror y repugnancia al contemplar tanta miseria, huyó del herido como podía hacerlo de un apestado; un gitano sustituyó al barbero, y éste, ménos escrupuloso, armado de la pesada tijera que ocupaba diariamente en usos ménos importantes, esquiló la cabeza y barba del herido, causándole numerosas cortaduras que nada significaban sin embargo en un cuerpo tan lleno de otras más graves.

El poderoso astringente de la sal y el vinagre con que lavaba sus heridas, obró el efecto que le es natural y las llagas se iban cerrando maravillosamente; pero la estacion se adelantaba y el frio enervaba las pocas fuerzas y espíritu del enfermo; la casualidad le ofreció medio de acudir á esta nueva necesidad; algunos muchachos por su espíritu travieso y curioso á la par que generalmente sincero y generoso, solian llevarle pedazos de pan; uno de ellos le facilitó un poco de papel y un tintero, cuyo beneficio aprovechó para dirigirse al cura del pueblo pidiéndole algunos trapos y ropa vieja con que abrigarse; atendida su necesidad, el párroco, con las más esquisitas precauciones, para ocultar su caridad á los franceses y una noche en que, como todas, éstos estaban recogidos en la casa fuerte que les servia de cuartel, mandó al herido por medio de la pobre mujer que jamás le abandonó, una peseta en dinero, una camisa, un calzon y unas medias negras, un chaleco blanco, una montera de paño pardo y unos zapatos, tan usados empero, que tuvo que sujetarlos á sus piés con cuerdas; desde el momento en que se vió vestido, aunque de un modo tan raro, empezó á formar planes para abandonar aquel pueblo, teatro de su desdicha y sufrimiento; en efecto, empleó en un poco de pan y otras provisiones su reducido caudal y al amanecer del inmediato dia, emprendió su marcha en direccion á Talavera. Apo-

yado en un grueso palo llegó á aquel pueblo, ocupado por los franceses, con cuatro heridas abiertas todavía, dos en la cabeza y las dos del vientre; con sumo cuidado de ocultar su procedencia, pasó la noche en un medio derruido pajar que le facilitó un alguacil como pobre de solemnidad; al dia inmediato siguió su marcha hasta Naval Moral, y así la continuó curándose con sal y vinagre, y casi sostenido por la caridad pública hasta Sevilla.

Con su ridículo traje y en el estado que es presumible, se presentó al Excmo. Sr. Marqués de Palacios, entónces Inspector de Caballería, el que quedó admirado al contemplar tan lamentable infortunio y tanta constancia: este general hizo á Chover un recibimiento honroso, haciendo los más pomposos elogios de su conducta, auxiliándole con dinero y ropas que le facilitó generosamente de su propio peculio. Inmediatamente Chover fué puesto en cura por hábiles facultativos, salvando la vida y consiguiendo la curacion completa de diez y nueve de sus heridas; las dos restantes las conservará abiertas hasta su muerte.

EPÍLOGO.

El ánimo benéfico de nuestra amada Reina, guiada en su niñez por el bondadoso corazón de su augusta madre, creó en 1838 un establecimiento de inválidos en que poder conservar las reliquias vivientes de sus ejércitos; en este recinto del honor y de la desgracia, un corto número de corazones sinceros y leales, dirigen á Dios ruegos continuos por la felicidad de su augusta bienhechora y prosperidad de la Pátria que, agradecida, concede un asilo á sus lástimas y algunos recursos para el alivio y cuidado de sus continuos dolores.

Entre el reducido número de desgraciados inválidos de Atocha, existe un anciano venerable, que aunque lacerado por añejos padecimientos, espera tranquilo la muerte cercana que hace cuarenta y cuatro años le amenaza, con aquella calma y tranquilidad que proporcionan una juventud pasada en los trabajos y penalidades de la guerra y un estado, si no abundante,





III-52
17